

¿Qué es un tenedor desechable?

muerto.com

Quizá el sentido de esta pregunta no esté tan claro al lector que de pronto se encuentra en una revista como esta una pregunta tan poco pertinente. Haga caso omiso a su buen juicio. En cualquier caso, esta pregunta no puede entenderse si no entendemos hasta qué punto es importante.

En realidad intentamos saber qué es un tenedor desechable para saber qué es un best-seller, siendo que prácticamente son equiparables. (Consulte, si tiene dudas, el artículo aparecido el número anterior).

Tendríamos que comenzar entendiendo eso de 'desechable', después de todo, en mayor o menor medida, todos sabemos lo que es un tenedor (quizá tengamos que discutir esto con más calma).

Lo 'desechable': Lo que primero me salta a la vista con esta palabra es su noción de carencia de importancia, su reemplazabilidad más evidente... Si se nos rompe un tenedor, no importa, hay otros... siempre hay otros. El principio de individuación¹, ese principio que hace a un tenedor diferente a otro, se ve reducido al mínimo, prácticamente se podría decir que no es que haya millones de tenedores desechables, sino que hay un tenedor desechable, repetido infinidad de veces.

La cuestión de lo 'desechable' no es tan sencilla de clausurar. Puesto que ciertamente un tenedor es 'desechable' se tira, se abandona, intentamos ver (¿acaso?) un movimiento de soberanía en el hecho de 'desechar' las cosas. Cualquiera que vea los basureros del primer mundo puede estar seguro de ello: pareciera que lo 'desechable', no únicamente tenedores, sino muebles, cocinas, ordenadores, etc., se está convirtiendo justamente en el lujo más evocador. Hay quién pueda ver en ese 'desechar' el máximo gesto de la soberanía individual: las cosas pasan, yo permanezco.

Lo curioso es que no nos podamos deshacer de lo 'desechable'. Ciertamente, si en un restaurante de comida rápida pido un 'tenedor' y me dan un 'tenedor desechable' y le digo a la dependienta: "Disculpe, yo pedí un tenedor, pero esto para mí no es un tenedor"; "¿Cómo?" respondería sorprendida, "es un tenedor..."; "No, señorita. Pensemos un momento: ¿qué es un tenedor? Si no nos queremos poner heideggerianos y respondemos así, en caliente, pues mínimamente un tenedor tendría que servir para coger las cosas de una manera suave, elegante y llevarlas sin más problemas hasta mi boca; pero sucede que este tenedor desechable se dobla al intentar entrar en la comida, y eso no es todo, sino que al levantar el tenedor tengo que jugar a acrobacias para que esta no se me resbale y vuelva al plato..."; la mujer me observaría con desesperación y después de unos diálogos más o menos, diría algo así como: "Sólo tenemos esos tenedores."

Y esto únicamente si somos tan ingenuos como para señarnos a la búsqueda ontológica del 'tenedor', porque si consiguieran hacer un 'tenedor', digamos, como Dios manda, pero que al fin y al cabo siga siendo 'desechable', la cosa se movería a otra región. ¿No es justamente lo 'desechable', lo auténticamente necesario para el sistema? ¿No están hechas todas las cosas, hoy día, para llegar a un cometido del consumo y después desbaratarse en nuestras propias manos? ¿Los coches pueden durar más de 20 años? ¿Alguien imagina una computadora que sea susceptible de ser heredada a sus hijos? El mismo imperativo del 'deshecho' está hasta en la naturaleza, al momento de

¹ El principio de individuación de las cosas, podría equipararse a la pregunta del por qué las cosas han decidido, o se les ha impuesto, o etc., ser únicas y ellas mismas. Es decir, ¿por qué yo soy yo, y no soy la pata de la mesa sobre la que escribo?

producir las semillas transgénicas, esas que están hechas única y exclusivamente para un uso, para una planta, para que los frutos de una semilla transgénica no puedan ser, a su vez, semillas. ¿Qué llegaría a pasar si las semillas no fueran ‘desechables’? Pero en fin, me salgo un poco del tema. El caso es que lo ‘desechable’ está ahí por una muy clara razón: hacernos pensar que entre aquello que se mueve, un ‘yo’ permanece.

Resulta pues que este acto de supuesta soberanía, el acto de hacernos partícipes de lo ‘desechable’ no es tan soberano como parece, después de todo no tenemos otra alternativa que aceptar lo ‘desechable’, convivir con lo ‘desechable’.

¿Puede esto aplicarse a los best-sellers? ¿Existe un ‘principio de individuación’ en los best-sellers? Un estilo Dan Brown o un estilo J.K. Rowling o acaso un estilo Stephen King... algo que los diferencie y les haga otro ser, tal que no se mezclen ontológicamente. Esto es bastante discutible, podríamos aseverar que es cierto que Stephen King, por ejemplo, tiene un estilo muy peculiar, bastante distante del de Dean Knootz.

He aquí que tenemos una pequeña trampa, pequeño juego de palabras, pequeña ilusión óptica; misma ilusión que se repite en todas partes desde la programación televisiva hasta en la diversidad de los partidos políticos: la gran promesa de soberanía de la democracia en la elección, en la diferenciación, en la individuación.

La pregunta que plantea la democracia, la de la individualización, es sumamente compleja. Intentemos observar, detenidamente, toda esa variedad de best-sellers –o tenedores desechables, o ordenadores portátiles, da bastante igual- y concentrémonos en individualizarlos, en observar sus diferencias en contemplar eso que los hace únicos, irrepetibles... en resumen, eso que nos haría decantarnos por Stephen King, en lugar de Dean Knootz, o comprar tenedores desechables blancos o de colores...

Quizá nos sorprendamos, por lo menos yo ya me desespero: ¿en realidad se puede decir que IKEA tenga variedad? ¿Se puede decir que la moda puede funcionar como un ‘principio de individuación’, si en el fondo rebeldes y conformistas, literatos e incultos hombres vulgares, ricos y menos ricos, homosexuales y homofóbicos, se dan cita en el mismo bacanal del centro comercial a vaciar sus bolsillos y llenarse de personalidad? Más bien yo diría que no, que justamente esa supuesta individualidad es la gran farsa que recubre otra diferencia que, concentrándose en minucias estúpidas como la clase de música que se escucha o la clase de libros que se leen, hace que se pase por alto lo más claro y lo más escondido: que en el fondo lo que triunfa es la Idea que las cosas son una, y que no importa que se parezcan mucho a las demás, que sean casi iguales, que estén escritas casi de la misma manera, sus pequeñas minucias son aquello que lo hacen diferente.

Escuché mentar a alguien que aseguraba que la prueba de que una idea era *una* es que sólo se puede vender una vez. Por ejemplo, si yo hago unos planos para construir una casa, lo vendo sólo una vez y es el ingeniero quien se dedica a reproducirlos todas las veces que resulte rentable hacerlo. En tanto que yo únicamente vendí una sola idea.

Sin duda esto tiene sentido, esta lleno de sentido. Pero la noticia terrible es que ciertamente el mercado no siempre está acorde con el sentido. Después de todo el hecho de que una idea se pueda vender miles y millones de veces es un hecho que vemos a diario. Porque si compramos un mueble, un sillón, estamos ciertamente, pagando al diseñador, además de la manufacturación. Pero de pronto ese sillón ya no nos llena, puesto que hay otro sillón que nos gusta más, la forma da igual, quizá sea el mismo sillón pero con un diferente tapiz, con un color más estridente, con lunares de bolitas, con acabado en acero en vez de en dorado, etc., todo un pequeño compendio de minucias que hacen del sillón nuevo, un sillón diferente, un sillón absolutamente ‘otro’ del que tenemos actualmente.

Lo curioso es que se pueda comprar literatura por otra literatura. Que uno vaya a la librería como, últimamente, se va al mercado: a ver que necesitamos. Vamos a formular necesidades frente a los objetos que nos suplican comprarlos. Es posible que si no hubiera un best-sellers en los supermercados, ni siquiera serían best-sellers, puesto que seguirían siendo demasiado pocos aquellos que entren, por propio pie, por propia voluntad, por un acto de soberanía, al interior de una librería cualquiera.

La gravedad con la que señalo esta práctica de formas literarias, no es desde un punto de vista estético, sino político.

La cuestión no es tan sencilla. Si se combate la industria de la literatura no es para caer en una especie de aristocratismo, aunque esta sea de las únicas posibilidades que se abren a nuestro espíritu al contemplar el desastre de la producción en serie. Es decir, no se trata de hacer 'literatura pura', 'literatura buena', 'literatura para iniciados', etc., ahora mismo no estoy en posición de emitir juicios al respecto. Sino únicamente estamos aquí para combatir esas cosas que se entrometen, como promesas de soberanía, sobre nuestros cuerpos.

La ilusión de la elección es lo primero que se nos hace creer una vez que crecemos. A los dieciocho años, esa pueril época en que los Estados otorgan a los infantes diferentes capacidades, desde comprar alcohol, conducir un coche o adquirir un arma, se nos inculca la creencia de que somos capaces de elegir. Sí, somos capaces de elegir contra quién no disparar y contra quién hacerlo, supongo que más o menos seremos capaces de saber elegir que literatura leer y cual no.

El principio de individuación tiene que repensarse a partir de la producción en serie. Cuando veo dos libros de bolsillo exactamente iguales, exactamente indiferentes, que me podría llevar uno u otro sin que nada afectara al trabajo de un artesano, al trabajo de un vendedor, a mi propia elección; entonces se podría decir que no es que haya aquí dos libros, sino dos residuos materiales de una única y misma idea, por ejemplo, de Harry Potter.

Si no nos detenemos ahí y observamos los anaqueles de las librerías, que se parecen ya tanto a cualquier tienda de ropa o electrodomésticos, tendremos que reparar en la irremediable conclusión de que justamente la repetición de las ideas, la tautologización de los objetos-libro que están por aquí y por allá, son tan absolutas que toda elección por mi parte es tan vana y tan inútil que perfectamente uno se puede entregar al azar.

El problema toca de fondo hasta las propias elecciones políticas. Porque habrá veces que hasta nosotros mismos creemos que aquello que elegimos, dentro del cerrado círculo de elecciones que se nos ofrece, realmente puede tener la capacidad de operar un cambio y reconvertir un sistema para que siga siendo el mismo.

Por ello el problema del best-seller, no puede ser un problema puramente para criticuchos literarios, que se centrarían más en las pequeñas minucias que atacan a la "buena literatura" (que no es sino la otra cara de la moneda, la necesidad más apremiante de que exista, contra los best-sellers, una literatura que se pueda vender a otro tipo de público, con otro tipo de características y más o menos perfeccionar ese extraño arte de la elección); sino que este problema, es un problema político. ¿Realmente puedo yo, saber *escoger*?

Pregunta que por supuesto nos pone en relación directa con aquel tenedor desechable del que comenzamos a hablar. Y hemos de intentar contemplarnos a nosotros mismos en el acto más políticamente democrático que se puede vislumbrar en la actualidad; es decir, tenemos que imaginarnos a nosotros mismos en un centro comercial, frente a un escaparate o estantería en donde se nos ofrecen distintos objetos-

tenedor desechables. Y preguntarnos ¿qué es lo que interfiere en esta gran decisión? ¿Qué clase de soberanía puede llegar a consumarse en la elección de uno u otro?

Y ahí frente al tenedor desechable (que hemos trocado por el best-seller, sabiendo que prácticamente son indistintos), nuestra mirada tiene que reconvertirse, tiene que volverse hacia otra parte... para poder continuar su investigación.

Frente al tenedor, que siempre permanece eterno e inmutable, aunque sus residuos materiales (“este tenedor desechable”) puedan ser susceptibles de ser tirados a la basura; frente al movimiento de la historia que permanece repitiéndose a sí misma aunque sus residuos materiales (“Napoleón, Hitler, las masas, los soldados”) puedan ser sepultados y enterrados: Frente a esta vorágine que aparenta cambiar y que sin embargo, podemos observar plenamente que detrás de la venta al por mayor de ciertos artículos, detrás no se esconde, sino la capacidad más elemental de guardar la compostura de un único producto; estamos nosotros.

Al fin y al cabo, para continuar con esta investigación, tenemos, necesariamente que continuar averiguando ¿quiénes somos nosotros? Y para seguir con las preguntas más bien socráticas, preguntar ¿qué es soberanía?